

Invitación a la lectura

O cómo paladear la literatura

Honorata Mazzotti Pabello

RESUMEN

Mediante fragmentos de obras de distintas épocas y estilos literarios, este ensayo busca despertar en los lectores el apetito por la lectura.

La escritura, ese conjunto de signos arbitrarios, se vuelve mágica cuando un buen lector sabe descifrarla. La capacidad de abstracción permite al individuo crear ambientes novedosos, situarse en el lugar de otro, captar las necesidades de un proyecto. Invitación a paladear la literatura intenta descubrir las posibilidades del lenguaje y las del individuo. Los sentidos son, a veces, nuestros más hábiles maestros.

ABSTRACT

AN INVITATION TO READ, OR HOW TO RELISH
LITERATURE

From fragments of works of distinct periods and literary

styles, this essay looks to awaken in the reader the appetite for reading.

Writing, a collection of arbitrary signs, only becomes magic when a good reader knows how to decipher it. The capacity of abstraction permits the individual to create new environments, to be in another place and to capture the needs of a project. This essay tries to discover the possibilities of the language and of the individual. The senses are, at times, our most skilful teachers.

El ejercicio de leer, el desarrollo de lo que podríamos llamar músculo imaginativo, la capacidad de abstracción de una persona, la convierte en una especie de ciudadana de todas las épocas. De Casanova a Cervantes, de Stevenson a Rulfo o de Borges a Wilde, es posible disfrutar cada vez de mayor penetración y agudeza perceptiva. La lucidez llega a ser tal, que nos encontramos de repente conversando con ellos, más que leyéndolos.

Quien es dueño de unos ojos que han conocido lugares, épocas, caracteres y que, incluso, han observado recónditos pensamientos del ser humano, sabrá crear universos nuevos. No hablemos ya de la valiosísima adquisición de vocabulario y claridad de pensamiento que adquiere quien acostumbra a leer, sino que adentrémonos en el placer que les está reservado a quienes saben paladear buena literatura.

DELICIOSAS PALABRAS, PALABRAS DELICIOSAS

He seleccionado aquí trozos de obras maestras que ofrecen imágenes arrolladoras, plenas de vigor e insolentes en sus olores y colores. La literatura debe ser, por encima de todo, honesta y directa porque si no conecta al primer golpe en las vísceras, pierde su oportunidad y ya no revive. Una frase, una imagen, la descripción entera de las secuencias que organizan la tensión narrativa, encantan al lector —serpiente cuya picadura es la distracción, veneno mortal— y lo bañan con olorosas experiencias.

Observemos la siguiente descripción de Joris-Karl Huysmans, escritor holandés de principios del siglo XIX:

«En una escudilla de hierro, se desmoronaba un pastel de arroz con leche; huevos de color vino llenaban hasta el borde una ensaladera... un viejo tarro de ciruelas en aguardiente, lleno de agua, donde unos marichitos gladiolos bañaban sus tallos».

Basta describir los platos que se sirven en un lugar para evocar su ambiente completo. Con estas palabras penetramos en una tasca de la campiña francesa y asistimos, extrañados, a mezclas de ingredientes poco usuales para nosotros: huevos en vino, ciruelas en aguardiente. Mientras vamos leyendo, nuestra mente busca —afanosa— referentes. Surge entonces la fugaz visión de un bar español, con sus tapas; o el aparador antiguo de donde una mano

anciana extrajo un licor y nos lo ofreció durante una visita, hace ya mucho tiempo.

Puede suceder el fenómeno contrario: leemos el trozo anterior y no tenemos ningún lugar para almacenarlo, así que se quedan las imágenes confusas, mal empalmadas, vagando por algún lugar de nuestra mente hasta que, años después, acudimos a un sitio parecido en el que tales escenas cobran vida y parecen decirnos: «¿Recuerdas? Éste soy yo».

Sin embargo, existen relatos que disfrutamos a sabiendas de que será siempre imposible referirlos. Leamos las deliciosas palabras de Giuseppe Tomasi de Lampedusa, en *El profesor y la sirena*, que describen el momento en que esta quimera se alimenta:

«No comía más que cosas vivas; a menudo la veía surgir del mar, el torso delicado brillando al sol, mientras destrozaba con los dientes un pez plateado que se estremecía todavía; la sangre le bañaba el mentón y después de unos mordiscos, la merluza o la dorada destrozada, arrojada por detrás de su espalda y manchándola de rojo, se hundía en el agua mientras ella gritaba infantilmente, limpiándose los dientes con la lengua. (...) De vez en cuando venía a la orilla con las manos llenas de ostras y mejillones y mientras yo me afanaba en abrir sus conchas con un cuchillo, ella los aplastaba con una piedra y chupaba el molusco pal-

pitante junto con trozos de concha por los que no se preocupaba».

FRÁGIL PENSAMIENTO HABLADO

Vivimos nuestra época con intensidad, acatamos múltiples cambios cotidianos ya sin cuestionarlos y dejamos que todos estos impulsos nos penetren hasta ensordecernos. Queda poco espacio para la elección y aún menos para la reflexión. Algunos clásicos de la literatura pintan vívidamente los estragos de la degradación y —¿existe símil más elocuente?— la alimentación, la comida, el deleite gastronómico son fieles reflejos del progreso de la humanidad.

Observemos la destreza de Jack London cuando muestra, con una simple escena de *La peste escarlata*, el valor de las palabras capaces de describir tanto el deleite gastronómico como la pobreza verbal que reduce el pensamiento a lo primitivo:

«(...) entonces no había osos. No señor. Se pagaba dinero por verlos encerrados en jaulas, mira si eran escasos.

—¿Qué es dinero, abuelo?

Antes de que el viejo pudiese contestar, el muchacho, recordando de pronto, metió triunfante la mano en la bolsa que llevaba debajo de la piel de oso y sacó un

dólar de plata, deslucido y abollado. Los ojos del anciano brillaron al acercar a ellos la moneda.

—No puedo ver —murmuró—. Mira si puedes distinguir la fecha, Edwin.

El chico se reía.

—Qué cosas tienes, abuelo, queriendo hacer creer que estas pequeñas marcas indican algo.

Mostró el anciano su acostumbrada tristeza al acercar de nuevo la moneda a los ojos.

—2012 —chilló, al fin, dé un modo grotesco—. (...)

Debió ser una de las últimas monedas que acuñaron, porque la Peste Escarlata ocurrió en 2013. ¡Señor! ¡Señor! ¡Quién lo pensara! ¡Sólo hace sesenta años, y ser yo el único superviviente de aquellos tiempos! ¿Dónde la encontraste Edwin?

(...)

—Hoo-hoo me la dio. La encontró cerca de San José...dijo que era dinero. ¿Tienes hambre abuelo?

El anciano empuñó el bastón con más fuerza y apresuró el paso, con los ojos brillantes de avidez.

—Espero que Hare-Lip habrá encontrado un cangrejo... o dos —murmuró—. Son una buena comida los cangrejos, sobre todo cuando ya no hay dientes y se tienen nietos que quieren a su abuelo y se esfuerzan por cogerle cangrejos. Cuando yo era pequeño...

(...)

—El conejo es bueno, muy bueno —exclamaba el anciano—, pero el cangrejo es un manjar mucho más delicado y sabroso. Cuando yo era pequeño...

—¿Por qué dices tantas tonterías? —interrumpió Edwin, impaciente por cortar la locuacidad que le amenazaba.

El muchacho no pronunció exactamente estas palabras, sino algo que se les parecía, más gutural y explosivo, más parco en frases idóneas. Su habla tenía alguna semejanza con la del viejo, y la de éste era un inglés bastante corrompido.

—Lo que yo quiero saber —continuó Edwin— es por qué llamas al cangrejo «un manjar sabroso y delicado». Cangrejo es cangrejo, ¿verdad? No he oído a nadie que lo llamara cosas tan graciosas.

(...)

La carne blanca, separada de las patas, despedía una nubecilla de sabroso humo que cosquilleó el olfato del anciano... Se puso a resoplar y a charlar de tal modo, que al empezar a comer parecía aquello un monótono deleite... De vez en cuando pronunciaba frases tales como: «¡Mayonesa! ¡Qué rica... mayonesa! ¡Y hace sesenta años que se hizo por última vez! ¡Ni olerla siquiera durante dos generaciones!».

(...)

Y todo a consecuencia de la Peste Escarlata.

El adjetivo hirió el oído de Hare-Lip.

—¿Qué es «escarlata»?

—El escarlata del arce me estremece como el grito de la corneja —afirmó el anciano.

—Es rojo —repuso Edwin, contestando a la pregunta. (...) Escarlata es rojo.

—Rojo es rojo, ¿no es verdad? —refunfuñó Harelip—. Entonces, ¿de qué sirve presumir y llamarlo escarlata? Abuelo, ¿por qué dices siempre tantas cosas que nadie sabe? —siguió preguntando—. Escarlata no es nada, pero rojo es rojo. ¿Por qué no dices rojo entonces?

—Rojo no es la palabra exacta —fue la contestación—. La peste era escarlata. Toda la cara y el cuerpo se ponían escarlata en menos de una hora... Y os digo que era escarlata porque..., bueno, porque era escarlata. No hay otra palabra».

Esta novela dramatiza la fragilidad de la condición humana, sujeta a sus propios logros y condenada a sufrir si el pequeño equilibrio, si la delicada madeja de la cultura y el pensamiento hablado, se resiente.

SAZÓN DE LENGUAJE

En el género policíaco, el escritor belga Georges Simenon dedica siempre un buen número de párrafos a ofrecer apetitosos olores con los que sazona sus excelentes novelas.

En *Maigret y el Liberty Bar*, el comisario Maigret penetra en una tasca a investigar el asesinato de un hombre:

«—Siéntese. ¿Le importa si vamos comiendo? (...)

Estaba cortando gruesas rodajas de una pierna de carnero que atrajo por un momento la atención de Maigret porque había visto pocos tan oleosos.

(...)

Maigret estaba sentado en un taburete, los codos sobre las rodillas y el mentón en las manos. La gorda preparaba una ensalada con ajo que tenía toda la cara de una obra de arte.

(...)

Maigret miraba la carne rosa de la pierna de carnero, los restos olorosos de la ensalada. Verdaderamente era apetitoso. (...) tenía hambre. Y estaban aquellas rodajas de carnero a pocos centímetros de sus narices. Sobre el plato quedaban dos trozos. Cogió uno con los dedos y se lo comió sin dejar de hablar...».

En *Domingo*, Simenon relata el intento de un cocinero por eliminar a su mujer con un delicioso plato de calamares, especialidad que sirve en un restaurante de la Costa Azul:

«Su arroz con calamares era conocido por los gastrónomos de Niza y de Cannes que muchos domingos venían expresamente a comerlo.

Su *pâte* de mirlo no era menos famoso, así como su conejo relleno, cuya receta se negaba a dar».

¿Cuántas veces, después de leer páginas semejantes hemos deseado tener esa receta? ¿Y cuántas otras hemos creado alguna, inspirados por un libro, apoyándonos únicamente en el instinto gastronómico que late en nosotros?

Baste acotar aquí que existe ya un libro llamado *Maigret come* que resulta de la recopilación de platillos mencionados en las aventuras de este personaje.

Hablemos de la despensa, esa gran inspiradora que no contiene ingredientes, sino encierra posibilidades.

En *El siglo de las luces*, Alejo Carpentier nos sitúa en los pasadizos de una bodega, donde la mezcla de olores, texturas, sabores y figuras se torna por momentos voluptuosa:

«Al cabo de la Calle de la Harina, olorosa a tahonas de ultramar, venía la Calle de los Vinos de Fuencarral, Valdepeñas y Puente de la Reina, cuyas barricas goteaban el tinto por todas las canillas, despidiendo alientos de bodega. La Calle de los Cordajes y Jarcias conducía al hediondo rincón del pescado curado, cuyas pencas sudaban la salmuera por el piso. Regresando por la Calle de los Cueros de Venado, los adolescentes volvieron al Barrio de las Especies; con sus gavetas que pregonaban, de sólo olerlas, el jengibre, el laurel, los azafranes y la pimienta del Veracruz. Los quesos manchegos se alineaban sobre tablados paralelos, con-

duciendo al Patio de los Vinagres y Aceites en cuyo fondo, bajo bóvedas, se guardaban mercancías disparatadas: hatos de barajas, estuches de barbería, racimos de candados, quitasoles verdes y rojos, molinillos de cacao, con las mantas andinas traídas de Maracaibo, el desparramo de los palos de tintura y los libros de hojas para dorar y platear, que venían de México. Más acá estaban las tarimas donde descansaban sacos de plumas de aves —hinchados y blandos, como grandes edredones de estameña—, sobre los cuales se arrojó Carlos de bruces, remedando gestos de nadador. Una esfera armilar, cuyos círculos hizo girar Esteban con mano distraída, se erguía como un símbolo del Comercio y la Navegación en medio de aquel mundo de cosas viajadas por tantos mundos oceánicos —todo dominado por el hedor del tasajo, también presente allí, aunque menos molesto por estar almacenado en los trasfondos del edificio. Por la Calle de las Mieles regresaban los hermanos al área de los escritorios. “¡Cuántas porquerías!” —murmuraba Sofía, con el pañuelo en las narices—. “¡Cuántas porquerías!”. Subido ahora sobre sacos de cebada, Carlos contemplaba el panorama bajo techo, pensando con miedo en el día en que tuviera que ponerse a vender todo aquello, y comprar y revender, y negociar y regatear, ignorante de precios, sin saber distinguir un grano de otro...».

PARA PALADEAR EL ALFABETO

Nada ilustra mejor cualquier situación humana que las condiciones de su alimentación ¿Qué mejor escena que la del hambre para situar al lector en un naufragio? Sí, puede describirse la sed, las ampollas en la piel, las alucinaciones, el vaivén de las olas. De todo eso nos quedará —afortunadamente— una vaga impresión; no así en lo concerniente a la necesidad de alimento.

Asistamos al *Relato de un naufragio*, texto poco conocido del tan leído Gabriel García Márquez:

«En ese instante hubiera comido cualquier cosa. Me molestaba el hambre. Pero era peor la garganta estragada y el dolor en las mandíbulas, endurecidas por la falta de ejercicio. (...) Entonces fue cuando me acordé de las tarjetas del almacén de Mobile.

(...) Las despedacé, me las llevé a la boca y empecé a masticar. Aquello fue como un milagro: la garganta se alivió un poco y la boca se me llenó de saliva. (...) Sentí bajar hasta el estómago la minúscula papilla de cartón molido y desde ese instante tuve la sensación de que me salvaría...».

He aquí otra situación desesperada resuelta de manera más feliz. Deleitémonos con el siguiente trozo de Guy de Maupassant en su novela *Bola de Sebo*, escrita ya hace más de cien años:

«Bola de Sebo, inclinándose rápidamente, cogió una gran cesta, cubierta con una servilleta blanca, que reposaba debajo del banco.

Sacó en primer lugar un platillo de loza, un vasito de plata y, luego, una gran cazuela de barro en la que había dos pollos enteros, despedazados, cubiertos por una capa de grasa; y podían verse en el cesto, envueltas, otras cosas apetitosas: pastel de carne, frutas, golosinas y otras provisiones preparadas para un viaje de tres días, con el fin de no verse obligada a comer la bazofia de los mesones. Por entre los paquetes de provisiones asomaban cuatro cuellos de botella. Cogió un alón de pollo y, con suma delicadeza, empezó a comer con la ayuda de un panecillo conocido en Normandía con el nombre de «Regencia».

Todas las miradas estaban fijas en ella. Esparcióse luego el olor, que puso a prueba el olfato de los viajeros y llenó las bocas de abundante saliva, contrayendo dolorosamente sus mandíbulas inferiores bajo las orejas. El desprecio de las señoras hacia aquella ramera iba en aumento; algo así como un deseo de matarla o echarla fuera del carruaje, en la nieve, con su vaso, su cesto y sus provisiones.

Pero Loiseau, que devoraba con los ojos la cazuela de pollo, dijo:

—Por suerte, la señora ha sido más precavida que nosotros. Hay gente que piensa siempre en todo.

Ella levantó la cabeza y dijo:

—Si gusta usted, caballero. Es duro ayunar desde la mañana.

Él saludó:

—A fe mía que, francamente, no rehusó; no puedo más. En la guerra, como en la guerra, ¿no es cierto señora?

Y, echando una ojeada a su derredor, añadió:

—En momentos como éste, es muy de agradecer encontrar personas que os obsequien.

Llevaba consigo un periódico que desplegó para no mancharse; y, con la punta de la navaja que llevaba siempre en el bolsillo, atrapó un muslo totalmente cubierto de gelatina, lo despedazó con los dientes y se puso a masticarlo con satisfacción tan evidente, que provocó en la diligencia un gran suspiro de angustia.

(...)

El primer paso se había dado. Una vez cruzado el Rubicón, lo demás fue cosa fácil. Procedieron a vaciar el cesto. Contenía aún un pastel de *foie gras*, un pastel de cogujada, un trozo de lengua ahumada, peras de Crassane, un picatoste de Pont-l'Evêque, pastelillos de carne y una taza de pepinillos y cebollas en vinagre. Bola de Sebo, como todas las mujeres, adoraba los alimentos crudos».

Esta selección no está organizada con otro criterio que el de conducir al lector por los laberintos de la evocación literaria. En cada texto hemos podido disfrutar de

una época, de una luz, sobre todo, de sabores y olores brillantes y apetitosos. Seguro a más de uno se le ha hecho agua la boca. Los sentidos son nuestros más queridos traidores.

La poesía existe gracias a una mezcla volátil y a la vez persistente de sensaciones. Cuando leemos un trozo literario capaz de transportarnos, no advertimos —ni deberíamos hacerlo— la estructura que lo levanta. Asistimos al resultado de la creación con el privilegio del receptor cuya única obligación es disfrutar.

Lo mismo sucede al degustar un sabor exquisito. Un buen vino, un trozo de pan dorado que se cuartea en el paladar mientras ocurre una escena igualmente evocadora: puede ser un jardín profundo, una tasca parisina, una venta sevillana o un portal veracruzano. El crepitar de la manteca, la chorreante insolencia de los langostinos escarlata, una cerveza helada. El ser humano se impregna de lo que le rodea, se hace de ello. Asistimos a una representación; tomamos parte, como si fuéramos actores, en la irrepetible puesta en escena de una comida. Jugamos a ser japoneses, chinos, árabes, italianos. Jugamos a transportarnos y sabemos que no existe mejor vehículo que el paladar. Un puñado de higos consumidos una tarde de otoño en cualquier recoveco de Toledo, evocan a la perfección la pluma de Zorrilla. Estamos hechos de lo que consumimos y pareciera que la mente funciona como el estómago. Según se alimenta, digiere y produce.

El conocimiento teórico, las fórmulas y las comprobaciones son el andamiaje. Pero la literatura nos proporciona

esa esencia extraña, inasible y vaga que, sin embargo, significa la diferencia entre experiencia y conocimiento.

Si esto no es una invitación a la lectura, entonces, más le valiera al reacio sepultarse debajo de un montón de hamburguesas de colores.

BIBLIOGRAFÍA

- Borges, Jorge Luis, Adolfo Bioy Casares y Silvina Ocampo (comp.) (1981). *Antología de la literatura fantástica*. Buenos Aires: Hermes.
- Carpentier, Alejo (1980). *El siglo de las luces*. Barcelona, España: Bruguera.
- García Márquez, Gabriel (1970). *Relato de un naufrago*. Bogotá, Colombia: Oveja Negra.
- Lampedusa, Giuseppe Tomasi de (1961). *El profesor y la sirena*. Barcelona, España: Noguer.
- London, Jack (1972). *La peste escarlata*. Barcelona, España: Bruguera.
- Maupassant, Guy de (1983). *Pedro y Juan. Bola de sebo*. Navarra, España: Salvat.
- Simenon, Georges (1984). *Maigret y el Liberty Bar*. Barcelona, España: Orbis.

Copyright of Hospitalidad ESDAI is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.